

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquinet

Los Factores de la Educación social ⁽¹⁾

V

Estos ejercicios de la imaginación, registrados por la experiencia, pues que deben pasar por la prueba de la verosimilitud, son muy propios para cultivar la iniciativa en los niños; completan los ejercicios de observación de que hablamos anteriormente, y si, por último, se les agrega la adquisición de la habilidad manual por medio de pequeños trabajos, que tanto gustan á los niños ejecutar, como construcción y reparación de juguetes y de otros objetos de utilidad casera, etc., tendremos colocados á los futuros hombres en las mejores condiciones educativas de su cerebro. Tocante á la parte abstracta de la instrucción, la que se da en la escuela hasta los doce años, tiene que ser en extremo simplificada. No es ocasión ahora de hablar de ella, pues que esta rama de la educación que no tiene, en suma, otro valor que el de una gimnástica intelectual en estos primeros años de la vida, no es de incumbencia de la familia, por más que los padres no deben desinteresarse de esto y tienen que seguir de cerca lo que pasa en la escuela si quieren que su obra sea completa. Los padres, el profesor y el médico: he aquí la trilogía inseparable

en materias de educación; su unión se impone en bien de la sociedad futura.

Recurrirémos á una voz más elocuente que la nuestra para hacer resaltar la necesidad de esta unión, copiando del informe recientemente presentado por el Sr. Chabot al Segundo Congreso francés de Higiene escolar, efectuado en París los días 11, 12 y 13 de Junio próximo pasado, los párrafos que van á continuación:

«La colaboración de las familias en la obra de la higiene escolar es tan necesaria como la de los maestros y más difícil de obtener.

«Sin la higiene del hogar la de la escuela será siempre insuficiente y á menudo comprometida. Únicamente la familia puede seguir de cerca en cada niño, por medio de una observación individual y diaria, las variaciones de la salud, los progresos ó accidentes del crecimiento, el régimen de la vida física y el de la aplicación intelectual.

«Para organizar la profilaxia de las enfermedades, contagiosas ó no, de origen escolar, para apreciar los efectos del trabajo impuesto por la escuela y fijar su medida, los maestros y los médicos no pueden prescindir de los informes que los padres pueden ó deben suministrarles.

(1) Véase los números 37, 40, 41 y 42.

«Pero es particularmente difícil persuadir, y, sobre todo, atraer á las familias. La inmensa mayoría no tan sólo son ignorantes, esto sería poca cosa, sino lo que es peor, indiferentes. Muchos son hostiles al pensamiento de esta obligación y la rechazan como un atentado á su libertad. Pequeño es el número de los que sintiendo su responsabilidad están dispuestos á hacer algo, por lo menos á informarse.

«Múltiples, variables son las razones de esta inercia y de estos prejuicios. A menudo es la miseria, las exigencias de la vida material, las cargas de una familia demasiado numerosa, las necesidades del trabajo que no dejan á las familias tiempo para ocuparse como sería necesario de sus hijos. Hay también los desfallecimientos morales que no todos explica la miseria, la pereza, la necesidad de goces fáciles ó groseros; en fin, la ignorancia y la insuficiencia de la educación primaria que desvía á los padres de su papel y de su obligación material. A parte hay que contar también, como una causa importante, más cercana á nosotros, el estado de espíritu creado ó desarrollado por la misma organización de la escuela y de las instituciones escolares. Asumiendo para la escuela una misión cada vez más amplia, no únicamente de instrucción, sino de educación y hasta de pensionamiento, recibiendo á los niños durante todo el día, ofreciéndoles el alimento y una parte del vestido, atrayéndoles por la noche, los jueves, hasta los domingos, en una palabra, convirtiendo la escuela en un verdadero hogar, se ha obedecido á sentimientos generosos, se ha emprendido una obra que parecía necesaria, y que, en muchos casos, lo era. Pero al mismo tiempo las familias se han ido acostumbrando á esperar todo de la escuela, á reclamar de ella, como cosa debida, todo lo que se refiere á educación, hasta la salud del niño. Auxilian-

do de aquel modo á las que lo necesitaban, se ha debilitado en otras el sentimiento de su responsabilidad y favorecido su pereza dando alas á nuevas exigencias. Y cuando se les pide que se interesen por la higiene escolar responden que esto es incumbencia de los médicos y de los maestros.

«Otras familias, en cambio, llaman tonterías á los consejos de higiene que médicos y maestros dan á los escolares —por ejemplo, sobre la abstinencia del alcohol, sobre la necesidad de llevar lentes contra la miopía ó el estrabismo, — ó dan á la escuela informes mentirosos sobre el estado de salud de los niños.

«Únicamente unas pocas familias, cerca del 15 por 100, me dicen los directores y los maestros que he consultado, piden y escuchan los consejos que se dan, dispuestas á colaborar y á recibir la enseñanza necesaria. Pero aun admitiendo que todas estuvieren dispuestas, quedarían otras dificultades.

«Hasta suponiendo desde ahora la buena voluntad de todos, la organización de una colaboración regular y eficaz está aun por crear.

«Por lo menos, la organización general, porque las iniciativas particulares, en Francia ó en el extranjero, han logrado aproximar la escuela á la familia en relaciones en que la enseñanza de higiene tiene ya su lugar.

«He aquí lo que, salvo involuntarias omisiones, he hallado de esencial y conocido en la Enseñanza primaria:

«I. — Para la *Escuela Moderna*: 1.º la iniciativa de algunas institutrices animadas por la administración y la inspección para formar la educación de las madres; 2.º la de la Srta. Moll-Weiss, que primero en Burdeos, luego en París, ha creado una escuela para las madres; 3.º las empresas de médicos, que, como el doctor Pinard, enseñan la puericultura á las jó-

venes y de este modo las prepara más ó menos directamente para colaborar en la higiene escolar.

»II.— Para la *Escuela Elemental*, la obra de Bidart, en Dax, que comenzó en 1897, habiendo constituido sociedades ó círculos de padres educadores, con toda una propaganda muy activa. En Lyon, el Sr. Safflix ha logrado atraer á su escuela é instruir á muchos padres.

»III.— Para la *Escuela primaria superior*, todos conocemos el celo y el éxito de nuestro colega el Sr. Boitel, que se ha convertido en el educador de los padres en la escuela Turgot.

»Injusto sería olvidar la enseñanza que todos los días la mayor parte de los institutores, profesores ó directores dan á los padres á propósito de casos precisos é individuales. No es algo regular y organizado; permanece ignorado; pero no es menos eficaz ni menos indispensable.

»En el extranjero, en los países donde existen, estas obras son, por lo general, más antiguas, y aunque muy limitadas, están más extendidas que entre nosotros.

»En Alemania existe la institución, evidentemente educativa, bastante extendida, del carnet de salud, al que hay que añadir el boletín de salud exigido después de una ausencia bastante prolongada. Hay también la organización, que data de 1888, de las veladas de padres. (Elternabende). Existen sobre todo en las pequeñas ciudades y casi todas están dirigidas por sociedades de instrucción ó de educación populares.

»El recreo (declamación, canto, proyecciones, etc.), ocupan un gran lugar, alternado con conferencias y conversaciones familiares. Son unas reuniones generales á las que se convida á todos los padres de una escuela (por ejemplo, en Halle), ó reuniones íntimas (como en Altenburg), á las que solamente concurren los niños de una ó dos clases, donde la conversación se puede establecer más

fácilmente. En ambos casos la higiene escolar es objeto de conversación ó instrucción.

»En los Estados Unidos hay círculos semejantes, sobre todo de madres, fundados en Brooklyn, en Chicago, en Baltimore. En el estado de Ohio se organizan recepciones de padres en las escuelas y las madres se apasionan por problemas de pedagogía y de higiene. En el congreso de San Luis los problemas de higiene escolar han sido tratados, pero no poseemos informes.

»En Bélgica hay la *Liga Nacional*, fundada hace seis años, para la vulgarización de las ciencias prácticas, pedagógicas, sociológicas, entre las familias, que persiguen el mismo objeto. Publica una *Revue de l'éducation familiale*. Se reclama ya asimismo la creación en torno de la escuela de círculos de padres, sobre todo de madres. Sabido que esta es una cuestión incluida en el programa del congreso de Lieja.

»Tales son las principales empresas de la iniciativa privada que se preocupa de la educación de las familias en higiene escolar. ¿Convendrá asimismo mencionar la propaganda que en todas partes hacen las ligas contra el abuso del alcohol y del tabaco, contra la propagación de la tuberculosis, etc.? Tendríamos que enumerar, á este paso, todas las obras de propaganda ó de enseñanza que tratan de higiene. Me he limitado á señalar las que se dirigen á las familias de los escolares.

»Estas loables iniciativas están muy lejos de ser suficientes. ¿Qué organización puede serlo? Nadie puede vanagloriarse de establecerla, ni siquiera definirla, tan múltiples son las dificultades. La mayor consiste en acercarse á las familias, llevar á ellas la instrucción ó atraerlas para dársela, y para darle, ante todo, la consciencia de su responsabilidad. Es necesario igualar la variedad de los medios, la flexibilidad de las ini-

ciativas á la multiplicidad de las formas de resistencia y de inercia y multiplicar las tentativas locales. Lo que aquí ha fracasado, puede tener éxito en otra parte, é inversamente. Y tenemos que persuadirnos de que lo esencial es crear un estado de opinión ó de sentimiento, tras el cual lo demás vendría por sí solo. Que los padres se convenzan de su deber y se preocupen de la higiene escolar y el detalle de la colaboración necesaria será fácil de organizar.

»Habrà que vencer también las prevenciones de un cierto número de maestros enseñándoles que la higiene escolar y el celo de las familias son útiles, hasta necesarias á su obra de enseñanza y de educación.

»Después de lo que precede, he aquí los medios que parecen útiles:

»I.—La *propaganda general* á la opinión, tal como la ha emprendido la Liga de los Médicos y de las Familias.

»II.—La *propaganda especial* á los padres de los escolares actuales, la cual puede comprender los siguientes medios:

»1.^o La acción individual de todos los partidarios de la higiene escolar, sobre todo de los médicos escolares...

»2.^o Las reuniones, libremente organizadas, de padres, de médicos y de maestros que, como los «Elternabende», sirvan para la educación pedagógica general de las familias y concedan un lugar á la higiene escolar. En efecto, no hay lugar á reclamar para la higiene escolar una enseñanza aparte. Las familias disponen de poco tiempo y son poco cuidadosas de estas cosas, y se logra mejor atraerlas cuando las razones para acudir sean más numerosas. En fin, es necesario llamarlas para colaborar y no para recibir, únicamente y más ó menos pasivamente, una enseñanza.

»3.^o Las sociedades ó círculos de padres, mucho más eficaces allí donde lo-

gren fundarse, pues que serán la obra personal de las mismas familias.

»III.—La cooperación organizada de la escuela y de la familia que comprenda:

»Que los padres puedan visitar la escuela ciertos días y horas...

»Representación ó delegación de los padres en un consejo de la escuela.

»El carnet y el boletín de salud.

»El carnet de trabajo ó de correspondencia, sobre todo para las clases de niños.

»Fijar horas regulares de recepción en las cuales los padres tuvieran la seguridad de poder hablar, sin estorbarles, con los directores, los médicos y los maestros.

»Creo que el programa de esta educación ha de ser simple y que es necesario:

»1.^o No dar á los padres, por un exceso de minucia, la idea de que todos los niños son enfermos, teniendo que ser cuidados y vigilados como si lo fuesen y dispensados de todo esfuerzo.

»2.^o Limitarse por de pronto á lo esencial, á las direcciones generales, proporcionando esta enseñanza al grado de cultura de los padres, demostrándoles que la escuela no puede, ni debe hacerlo todo, ni substituirse á ellos en absoluto, y que deben informarla y colaborar con ella sobre los puntos siguientes:

»Profilaxia de las enfermedades contagiosas,

»Régimen físico del escolar,

»Régimen de trabajo del escolar (sobre todo en las ciudades).»



Nos falta ahora hablar de la educación moral de los niños, es decir, de la intervención, en su vida, de las ideas de solidaridad, sin las cuales afirmamos no puede existir la felicidad ni para el individuo ni para la sociedad, compuesta de individuos.

(Continuará.)



Por la anarquía

I

No me propongo terciar en una polémica á la que cada parte ha llevado sus razones y sus puntos de vista, sin que nada justifique intervenciones que podrían parecer pedanterías. Quiero simplemente ahora, como otras veces, aprovechar una ocasión para exponer mis ideas; y digo más sin insulas de un personalismo aplastante y sabiendo que son las de muchos millares de hombres, cada uno de los cuales vale tanto como yo y todos juntos más que yo.

El lector puede estar tranquilo: no le serviré ideas demasiado luminosas para tiempos infantiles; nada nuevo presentaré que le maraville; ni siquiera pretenderé haber descubierto la pólvora yo solito estudiando á Darwin y Haeckel en lo que no los ha estudiado casi nadie. Mi soberbia no me llevará tan lejos.

Hablaré lisa y llanamente de la anarquía, dejando á un lado el enredo científico en que se meten los modernos candidatos á dioses sin que acierten á desembarazarse del atadero que en su pobre mente pusieron lecturas abstrusas cuya digestión requiere todo género de específicos auxiliares.

Pero como tenemos un si es no es aficiones filosóficas, que también podemos tenerlas los viejos anarquistas, no entraremos en materia sin antes consignar ciertos puntos de vista que servirán de base á ulteriores afirmaciones.

Por ahora, que sepamos, esa señora encopetada que se llama ciencia no ha dado debida satisfacción á multitud de interrogaciones formuladas por la mente humana. Y como no la ha dado, parécenos muy cuerdo atenernos á lo bien conocido, hechos, series de hechos, deducciones, asociaciones de deduccio-

nes, etc., etc., sin meternos en honduras que nos llevarían á caer de bruces en la teología de nuestros mayores ó en la tontología de nuestros actuales superhombres. Un poquito de sentido común lo está pidiendo á voces el atasco de ciencia que algunos padecen. Lejos de nosotros todo contagio de tan molesta dolencia.

Démonos, pues, un rápido paseo por los dominios del conocimiento. Fuera de los hechos reales, no hay más que abstracciones. Lo son no sólo el equilibrio sino también el espacio y el tiempo. Lo son el todo y la nada. De la evidencia de que algo existe, derivamos las ideas de conjunto y de no existencia. De lo finito, real y palpable, lo infinito. Hablamos de movimiento y todavía no podemos explicarnoslo sin algo que se mueva. La misma materia, fuera de los fenómenos que nos revelan que algo actúa, es una mera abstracción. Fuerza, substancia, ¿no están en el mismo caso? Hablamos del átomo como cosa indivisible y estamos seguros de que más allá de esa limitación por nosotros forjada no es descomponible la materia?

No prosigamos. Fenómenos y series de fenómenos, he ahí todo. Pero ¿podríamos entendernos siquiera sin todas esas abstracciones? Los fenómenos no se suceden obedeciendo los mandatos de la ley como si ésta fuera un sér sobrenatural que todo lo ordenara; mas nosotros los estudiamos, los agrupamos en series y á seguida deducimos y establecemos que tales fenómenos se suceden conforme á tal ritmo y tales otros conforme á tal otro ritmo. Esa es la ley y no más, pura abstracción. Sin ella, no obstante, el edificio de la ciencia se vendría abajo.

Aun vamos más lejos. La misma ciencia no es, no será nunca el conocimiento completo, cerrado de todas las cosas; no es, no será nunca el código acabado del entendimiento. Más de una vez lo hemos dicho: la ciencia, como todo, está, estará en perpetua formación. La verdad de hoy es el error de mañana; la hipótesis atrevida de un día es la gran certidumbre del siguiente. La recíproca no es dudosa. ¿Cómo, hombres que se dicen consagrados a la ciencia, osan afirmar en redondo ideas que en el momento mismo son manzana de discordia entre sabios y profanos? ¿Cómo, aquello que no está comprobado, se erige en doctrina levantando así banderías en el pacífico campo de la investigación? ¿Se olvida que las teorías mejor establecidas, al parecer, han venido a tierra en un instante?

Cuerdo y prudente es siempre tener en cuenta que nada podemos afirmar de las cosas en sí mismas. Son sus *apariencias* lo único que conocemos, es decir, la manera como se nos presentan ó las observamos ó sentimos nosotros. Verdad que ello es nuestra realidad; pero ¿no cambian á menudo los términos de ésta? Por algo somos nosotros mismos un factor en el modo de forjarla.

Vengamos, pues, á cuentas. En la naturaleza, se dice, todo está en lucha. Mejor sería decir: en la naturaleza todo se comporta como si estuviera en lucha. Si todo está en lucha, si todas las fuerzas naturales obran y atentan contra la forma de la naturaleza entera y esto sucede en cada instante de tiempo y en todo lugar del espacio ¿cómo en el espacio y en el tiempo, sin intermitencias ni soluciones de continuidad, persiste la resultante armónica de la existencia universal? La lucha implica destrucción continua y, si podemos afirmar que en la naturaleza todo es transformación y cambio, sería temerario aventurarse á decir que todo se destruye. La resul-

tante de eso que se llama lucha es siempre y continuamente, en todos los ordenes de cosas, armonía, equilibrio, permanencia de vida; no destrucción, no aniquilamiento. A tener razón los agoreros de la muerte que ensalzan la vida, el universo entero habría dejado de ser tiempo há.

Acaso se discute una palabra y nada más. Suprimido el prejuicio establecido por el uso continuo de un vocablo al cual nos aferramos más que á la idea en sí, tal vez la discusión cesare, que las cosas no ocurren para los sabios de distinto modo que para los simples mortales, por muy sabios que aquéllos sean y por muy simples que sean éstos.

No es menester detenerse á discutir si los elementos de nuestro cuerpo están en lucha ó concurren por ley de relación ó de subordinación á un mismo fin, para establecer el hecho indiscutible de que ellos nos dan constituida una *individualidad* que es al propio tiempo una asociación, ó tal vez mejor una coordinación. ¿Hay lucha entre los elementos que componen esta individualidad? ¿Hay solidaridad? Discusión de partido, de bandería, de secta. Ociosa en el dominio de la ciencia, cuya labor es investigar y afirmar solamente cuando la investigación ha tenido completo éxito. Innecesaria en el terreno de nuestro objetivo, los medios de convivencia social. Lo cierto es que en lucha ó solidariamente, aquellos elementos dan una resultante que no destruye ninguno de ellos y se llama hombre y constituye una individualidad, individualidad soberana, ciertamente, al lado de millones de otras soberanías análogas.

Si hay lucha no será, en último término, sino la manifestación de vida de cada individualidad, y como en nuestro organismo, al igual que en la naturaleza entera, son á millares de millares tales manifestaciones, es necesario que para coexistir se coordinen, lo que significa

que las mismas individualidades se limiten, se reduzcan su campo de acción propio, ensanchándolo al mismo tiempo por la invasión del ajeno, so pena de destrucción total. No de otro modo que coordinándose los elementos, si se quiere, en lucha, se llega á la individualidad hombre, resultante, si se quiere también, del combate entre las individualidades que lo forman.

No es preciso hacer sendas excursiones por autores que muchas gentes se saben de memoria, para demostrar como el desequilibrio, en nuestras funciones ó entre nuestros órganos da el predominio á la individualidad absorbente. Y no es sólo la relación de estómago á cerebro, sino de cada uno á todos y de todos á cada uno. ¿Pero no demuestran estos predominios del cerebro en el hombre dedicado al estudio, del estómago en el glotón, de los miembros inferiores en el andarín, de los brazos en el atleta, etc., que cuando falta ó se debilita la coordinación de los elementos que componen el individuo hombre, la individualidad se quebranta? Luego, por brutal, por feroz que sea la lucha entre los seres vivientes, su coexistencia sería imposible,—y ella es un hecho indiscutible—sin la coordinación, sin la asociación, sin la solidaridad, en fin, de cuanto constituye la naturaleza entera.

No discutamos palabras. Los hechos lo son todo.

Para ensalzar, para *superar* esta individualidad que se llama hombre, nada más absurdo que establecer el derecho del más fuerte. Cuando el cerebro absorbe toda la savia del organismo, el organismo perece sin que, naturalmente, el cerebro escape á la catástrofe. Cuando una individualidad acapara, se apodera, roba parte de su savia, de su vida, de su

individualidad á las restantes individualidades, la coordinación ó asociación de los hombres parece también sin que la individualidad absorbente se salve de la general ruina.

Cada uno de nosotros no está solo en el centro del universo; cada gran parte ó cada parte minúscula de la naturaleza, sea sol ó sea infusorio, no es única en el concierto ó en la lucha, como se quiera, de la substancia universal. ¿Combate, solidaridad? Relación infinita de infinitas relaciones es la realidad de la existencia general y de la existencia particular. Puede haber y hay, sin duda, prejuicio en aquellas interpretaciones de la existencia; no la hay en esta última.

Pues así como las relaciones universales de todos los elementos, sea la que quiera su forma aun no bien determinada, dan por resultante coordinaciones y más coordinaciones, individualidades y más individualidades, armonías y más armonías, tan fugaces como se quiera pero constantemente reproducidas, así también las relaciones de los elementos sociales, los hombres han de producir resultantes coordinadas, armónicas, tan poco permanentes como se pretenda pero siempre reproducidas al infinito, sin lo que la humanidad no podría ser considerada sino como una rara excepción dentro de la naturaleza.

Cada individualidad puede afirmarse tanto como quiera, pero no puede librarse del contacto de las otras individualidades. En la naturaleza como en la sociedad las unas están constantemente en presencia de las otras afirmándose y relacionándose, no destruyéndose. Vivir es eso, coexistir, no aniquilarse. ¡Desdichada intelectualidad la que no acierta á ver más que lobos devorando corderos!

(Continuará.)



Infiltraciones burguesas en la Doctrina socialista

Hace algún tiempo que los socialistas reformistas, para justificar todas las renuncias en que incurren, han comenzado por modificar no tan sólo la táctica, sino hasta las mismas teorías del socialismo. De este modo poquito á poco se han ido infiltrando en la doctrina socialista un cierto número de ideas y de prejuicios morales, políticos y económicos esencialmente burgueses.

Se comprenderá fácilmente toda la gravedad de este fenómeno si se considera que no se produce solamente en las fracciones más moderadas del partido socialista-demócrata, sino que principia á manifestarse también en las demás fracciones que se proclaman revolucionarias é intransigentes.

Los periódicos, por ejemplo, nos cuentan que el mismo Arturo Labriola, el bien conocido socialista italiano intransigente, ha sostenido en sus recientes conferencias que «el problema más urgente y que más importa resolver, no es el de la distribución de la riqueza, sino el de la organización racional de la producción».

Creemos necesario poner de manifiesto un error que compromete las mismas bases de la doctrina socialista porque permite deducir lógicamente conclusiones que nada tienen de socialista.

Desde Malthus, los conservadores de todas las escuelas han venido sosteniendo que la miseria no es debida al reparto injusto de la riqueza, sino á la limitación de la producción ó á la insuficiencia de la industria humana.

El socialismo, en su origen histórico y en su esencia fundamental, es la negación de esta tesis. Pero desde que los socialistas comenzaron á pactar con el po-

der y las clases poseedoras, es decir, desde que cesaron de ser socialistas, sostienen también, bajo una forma un poco renovada, las tesis de los conservadores.

Si la tesis adoptada por Labriola fuese verdad, el antagonismo entre patronos y obreros no sería ya irreductible, porque tendría una solución en el interés común de patronos y asalariados en aumentar la cantidad de los productos, es decir, que el socialismo sería falso, por lo menos como medio inmediato para resolver la cuestión social. Y en efecto, ya hemos visto á Turati sostener que los obreros deben preocuparse durante las huelgas de no arruinar al patrono y á su industria, y antes que Turati, ya el mismo Ferri dijo que los socialistas tienen interés en favorecer el enriquecimiento de los burgueses. Por lo demás, todos los representantes más distinguidos de la democracia-social italiana hacen resaltar á cual más las numerosas ventajas que reportarían los proletarios italianos de ser gobernados por una burguesía rica, instruída, «moderna».

Esta nueva predicación de los socialistas, tendiendo á que el proletariado consciente abandone el camino de la lucha de clases para lanzarlo por los senderos sin salida del reformismo burgués, es tanto más peligroso cuando que se sirve de un hecho verdadero, el de la insuficiencia actual de los productos para satisfacer hasta en límites restringidos las necesidades de todos. Después de haber impresionado al público con la demostración de este hecho, gracias á un pequeño expediente sofístico, cambian el efecto en causa para sacar las conclusiones más erróneas con un objetivo que no se confiesa.

Es necesario descorrer el velo que cubre este engaño.

Sin duda que la producción en general, y particularmente la de las cosas de primera necesidad, es defectuosa, insuficiente, ridículamente mínima, *vis-à-vis* de lo que podría y debería ser.

El hambriento que pasa cada día por delante de los almacenes rebosantes de vituallas, el que privado de todo ve los esfuerzos de los comerciantes para vender mercancías demasiado abundantes en comparación de las demandas del público, pueden creer que los géneros abundan y que los hay para todo el mundo, faltando tan sólo el dinero para comprarlos. Anarquistas ilusionados por las cifras más ó menos cabalísticas de los estadísticos y tal vez por tener en la propaganda un argumento sorprendente y bien forjado para que lo comprendan las masas ignorantes, han podido sostener que la producción efectiva traspasa de mucho las necesidades racionales y que bastaría que el pueblo se apoderara de ella para que todo el mundo pudiera vivir cómodamente. Y las sedicentes crisis de sobreproducción, es decir, el trabajo que falta porque los patronos no logran vender los productos abarrotados, sirven muy á menudo para confirmar en los espíritus superficiales esta errónea idea.

Pero todo aquel que sepa razonar fríamente un poco no tarda en darse cuenta de que toda esta pretendida riqueza es ilusoria.

El consumo de la gran masa del pueblo es insuficiente para satisfacer las necesidades más elementales; la mayor parte de los hombres están mal alimentados, mal albergados, mal vestidos, desprovistos casi de todo; muchos mueren de hambre y de frío. Si se produjera verdaderamente con qué satisfacer á todo el mundo, ¿dónde se amontonaría el excedente anual de la producción, puesto que la multitud no consume lo suficiente? Los capitalistas, que hacen producir para vender y sacar un beneficio, ¿serían tan

locos de continuar haciendo producir lo que no podrían vender?

La competencia que se hacen los capitalistas y la ignorancia de cada uno sobre la cantidad de productos que los demás pueden arrojar sobre el mercado en un momento dado, el espíritu de especulación, la sed de la ganancia y las falaces previsiones pueden engendrar, y muy á menudo engendran, sobre todo en la industria manufacturera, cuyo poder productivo es el más elástico, una considerable diferencia entre la oferta y la demanda; pero entonces no tarda en producirse la crisis, la suspensión del trabajo viene á restablecer el equilibrio, y, en fin de cuentas, normalmente, no se produce sino lo que se consume. El consumo regula la producción y no lo contrario.

Además, con respecto á los productos alimenticios, los más importantes entre todos, basta observar las terribles consecuencias en los países agrícolas cuando la cosecha ha faltado para convencerse de que, aunque la mayor parte de los hombres están mal nutridos, se produce apenas con qué vivir de uno á otro año.

Si el conjunto de la riqueza producida cada año—y de la que más de la mitad la absorbe hoy un pequeño número de capitalistas—estuviere equitativamente repartida entre todos, las condiciones del trabajador no habrían mejorado gran cosa. Su parte no se hallaría aumentada con cosas necesarias, sino con una multitud de nonadas casi inútiles y á veces nocivas. Por lo que toca al pan, la carne, la habitación, los vestidos y otros objetos de primera necesidad, aun cuando la parte consumida ó despilfarrada por los ricos estuviere repartida entre todos, no resultaría algún cambio sensible.

Estamos, pues, de acuerdo en que la producción es insuficiente y que es preciso aumentarla.

¿Pero por qué actualmente no se produce más? ¿Por qué hay tantos terrenos sin cultivar? ¿Por qué tantas máquinas y brazos sin empleo? ¿Por qué no se construyen casas para todo el mundo ni se fabrica con qué cubrir todas las desnudeces, cuando los materiales abundan y con ellos los hombres capaces y deseosos de utilizarlos?

La razón es clara, y todos los que se dicen socialistas no debieran ignorarla. Es porque los medios de producción, el suelo, las primeras materias, los instrumentos del trabajo, no pertenecen á los que tienen necesidad de los productos, sino que constituyen la propiedad privada de un pequeño número de personas que se sirven de dichos medios de producción para hacer trabajar á los demás por su cuenta en la medida y forma que mejor responde al propio interés de esta minoría.

Actualmente el hombre no tiene derecho á ninguna parte de productos por el simple hecho de ser hombre; come y vive únicamente si el capitalista, el poseedor de los instrumentos de producción, halla un interés en explotar su trabajo.

Ahora bien; el capitalista no tiene interés en desarrollar la producción más allá de cierto límite, hasta lo halla en mantener constantemente una carestía relativa. En otros términos; hace producir mientras puede revender el producto más caro que el precio de producción, y aumenta su producción mientras sus beneficios aumentan paralelamente; pero tan pronto como se apercebe de que para vender tiene que rebajar el precio y que la abundancia engendraría una disminución absoluta del beneficio, detiene la

producción y en muchos casos hasta destruye una parte de los productos disponibles para que aumente el valor de la parte restante.

Para acrecentar, por lo tanto, la producción de modo que satisfaga las necesidades de todos, es necesario que se efectúe en vista de estas mismas necesidades y no en vista del beneficio de unos pocos individuos solamente. Todos han de tener el derecho de gozar de los productos y disponer de los medios de producción.

Si todo hambriento tuviere derecho á tomarse el pan, forzoso sería producirlo para todo el mundo y se cultivarían entonces los terrenos substituyendo á la antigua rutina métodos de cultivo más productivos. Y si, al contrario, como actualmente, las riquezas existentes en medios de producción y en productos acumulados pertenecen á una clase particular de personas, y esta clase, que no carece de nada, puede hacer fusilar á los hambrientos que griten demasiado fuerte, la producción estará continuamente detenida en el límite marcado por los intereses de los capitalistas.

En conclusión: la causa actual de la falta de producción se halla en la distribución restringida y esta causa es la que hay que destruir para suprimir el efecto.

Para que se produzca lo suficiente para todos es necesario que todo el mundo tenga derecho á consumir suficientemente.

La tesis socialista, ó sea que el problema de la miseria es ante todo una cuestión de distribución, queda de este modo demostrada.

Risveglio, Ginebra, Junio 1905.

Eugenio Boucher

De la ley de los salarios

Mucho se ha escrito respecto lo que tiene de más ó menos absoluto la ley de los salarios. La paternidad de esta ley

se atribuye generalmente á Lassalle y á Carlos Marx, que hicieron de ella una de las bases de sus doctrinas en un mo-

mento en que el juego de las instituciones capitalistas parecía darles la razón. La poca expansión colonial y la dificultad de los transportes, eran causa de crisis casi continuas y de que se hallara constantemente en el arroyo un numeroso ejército de sin-trabajo.

Más tarde, la rapidez de los transportes y la política colonial, fueron derivativos que paliaron algún tanto el pauperismo; las crisis y los paros menguaron algo, los trabajadores no conocieron el paraíso, pero á lo menos se procuraron más fácilmente el trabajo que les permitía hacerse con el indispensable mendrugo.

Los economistas burgueses se llenaron de júbilo; á plenos pulmones proclamaron la legitimidad del régimen capitalista, demostrando que si bien enriquecía á los parásitos, no dejaba, sin embargo, de proporcionar un mayor bienestar á las masas, procurándolas un mínimo de consumo más elevado y dándoles la facilidad de gozar en mayor escala de los frutos de la ciencia.

Algunos sociólogos sedicente socialistas cayeron asimismo en esta equivocación y quisieron demostrar que, ya que el mínimo de consumación aumentaba en un espacio de tiempo más ó menos limitado, era posible anular el pauperismo conservando las instituciones autoridad, propiedad y salariado, y concluyeron de ahí que el colectivismo, aun siendo, según ellos, la finalidad fatal de la evolución actual, sería un progreso respecto al reparto de los productos de consumo.

Partiendo de aquí, algunos hallaron que el proletariado no era ya aquél infierno tan maldecido que legitimaba todas las rebeldías, sino, simplemente un purgatorio, y que aún cuando la propiedad individual continuase siendo la base de la sociedad, los trabajadores podían tener la esperanza de alcanzar un día el paraíso.

No negaré que realmente hay una cierta diferencia entre la situación económica del troglodita y la del más humilde obrero actual. En cierta medida se puede disfrutar de algunos beneficios de la ciencia, antes desconocidos. Pero de esto á concluir que la suerte del siervo asalariado sea bastante soportable, hay mucha distancia.

Para demostrar el valor de su teoría, ciertos socialistas dejan á un lado las grandes causas que han aportado este bienestar ficticio y momentáneo, y so pretexto de saber lo que de verdad contiene la ley de los salarios, no consideran sino aquellos países en que el industrialismo se ha desarrollado durante estos últimos años y no hacen mención de estos factores importantes: guerras y colonización. Ya que para facilidad de sus demostraciones comparan sin limitación de tiempo la situación del más humilde proletario actual con el troglodita de la edad de la piedra, yo creo que es muy justo abarcar, sin consideración de fronteras ni de distancias, todos los países donde el capitalismo hace sentir sus nefastos efectos.

Ahora bien, si á pesar del desarrollo de la maquinaria y el acrecentamiento de la población, los paros y las crisis continúan durante mucho tiempo sin llegar á su estado agudo, es porque las desgraciadas poblaciones, mal llamadas no civilizadas, véanse forzadas á consumir los desechos de los países llamados civilizados. El exceso de la fabricación (exceso á causa del no consumo) que no halla salida en el interior, se envía al exterior; esto permite á las poblaciones sojuzgadas hallar trabajo y procurarse bien ó mal el mínimo indispensable á la conservación de sus miserables vidas.

Mientras los economistas burgueses se extasían ante los beneficios del capitalismo, millares de naturales más atrasados que nosotros en su evolución véanse obligados á consumir, á tiros, nuestros de-

que prueba cuán flaca es la condición humana, en la cual parece que siempre se desarrolla una de sus aptitudes á expensas de las demás, como si fuera ideal inasequible para el hombre la perfecta igualdad de ánimo; que requiere ponderación y equilibrio en el ejercicio de todas nuestras potencias; que está reconocida por el sentido común, dividiendo y aun oponiendo unos á otros los hombres teóricos y los prácticos; esta gran verdad constituye una de las antinomias de más relieve en la gran complejidad que implica el drama de la vida humana.

Obvia y clara es la antinomia cuando se aplica á los llamados hombres *teóricos* (los pensadores, los artistas y los místicos). La amplitud de sus miras, el alto vuelo de su pensamiento especulativo ó de su febril imaginación; los sueños ó realidades de sus visiones supra-sensibles, abren horizontes y campos sin límites á su alma y les convierten cuando tocan con sus alas al suelo, cuando lleguen á las impurezas de la realidad, en torpes é ineptos para la acción y la práctica. Los sueños de Platón, las utopías irrealizables de todos los reformistas de la sociedad, las visiones febriles, producto del arrobamiento y del deliquio del místico, son esbozos ó ensayos donde toma relieve escultural la prodigiosa creación de nuestro ingenioso hidalgo Don Quijote, prototipo de todos los *teorizantes* y personificación bellísima del idealismo desenfrenado.

Igualmente indudable y clara se ofrece esta antinomia, referida á los hombres llamados prácticos ó de acción. En ellos se vivifica y agiganta la fuerza, se convierten en brazo de hierro para llegar al fin que se proponen ó al término al cual les impulsó las fuerzas de las circunstancias, pero su pensamiento se restringe y empequeñece en el mismo grado en que se sienten arrastrados por el vértigo de los sucesos. De esta antinomia son ejemplo César, conquistando

las Galias sin detenerse en el hecho brutal de inutilizar las manos á diez mil galos; Napoleón, contestando brutalmente á madama Stäel que la mujer más noble de Francia es la que da á luz mayor número de hijos, sin duda porque es la que ofrece más *carne de cañón* como pedestal de sus locas ambiciones; Goethe, el mismo Goethe, sacrificando sus afectos, sus amores, sus más caras ideas al fin exclusivo, según él dice, de *eleva la pirámide de su existencia* con un refinado egoísmo; Bismarck, posponiendo á su maquiavélico propósito: *Omnia pro dominatione*, hoy sus ideas de ayer al combatir á sus antiguos colegas los socialistas, ahora sus amigos de antes á los adeptos que lisonjea de nuevo, persiguiendo en Mayo á los católicos y excitando más tarde la algarada antisemítica con sus halagos á los católicos y sus odios á los judíos; y finalmente, cuantos se dejan llevar del vértigo de las alturas, avasallados por una acción sin límite ni freno, y sin más plan que firmar pacto perpetuo con el dios Éxito. Del bajo vuelo de su pensamiento ofrecen prueba cumplida estos hombres de acción, revelando un fondo escéptico, descreído, semi volteriano, que llega en César á la sobre estima artística de su personalidad; en Napoleón á la creencia mágica en la ceguedad de su destino; en Goethe (que ya declaraba tener algo del hurón de Voltaire) al endiosamiento olimpico de su saber y cultura; en Bismarck al orgullo satánico de su omnipotencia, y en todos, á una *miopia* que es signo característico de las pequeneces y flaquezas de los grandes hombres, en cuya condición se funda la frase usual de que no existe grande hombre para su ayuda de cámara.

¿Es ley inherente á la condición humana esta antinomia, innegable hasta hoy, por el testimonio que de consuno ofrecen la experiencia y la historia? Tal parece ser, pero antes de llegar á conclusión

tan
por b
pre e
entre
quero
tiemp
nada
venen
parte
porta
ahora
endic
cias y
neces

El
de la
más,
núme
públic
reñi
jísima
turos
educ
el dor
cosas

La

Baj
ña, la
fuerza
delica
el sus
• cauce
lentar
más e
la fal
tante
para
tierra
rona,
nó. P
crista
rosa s
segun
huella

tan desconsoladora, antes de dar por por buenas y cual estatuidas para siempre estas imperfecciones y desequilibrios entre las aptitudes y potencias humanas, queremos creer, pretendemos que con el tiempo se ha de entender que la mencionada antinomia acusa una falta de intervención en la existencia y la vida de parte del espíritu colectivo; factor importantísimo que ha sido suplido hasta ahora por la débil acción del individuo, endiosado por un pedestal de circunstancias y por éstas convertido en hombre necesario y providencial.

El ascenso gradual de la línea media de la educación y de la cultura de los más, la creciente intervención del mayor número en la gestión de los negocios públicos, la división del trabajo ó diferenciación de funciones de esta complejísima vida moderna, son anuncios venturosos de que para lo porvenir, la educación, las profesiones y aptitudes, el dominio mayor del hombre sobre las cosas y menor sobre las personas, y la

lenta pero segura emancipación de los inferiores y subordinados, se han de convertir en otras tantas condiciones favorables para que cambie el medio social y con él la influencia casi exclusiva de algunas individualidades que, al suplir por sí la acción del todo social, son sus primeras víctimas.

Contra éstas y otras antinomias humanas, argumento de carne en pro de las flaquezas de nuestra condición, hay que oponer constantemente la energía virtual, potísima del medio social, fecundado en la vasta extensión de sus elementos y factores por una educación cada vez más amplia y progresiva. En breve, la cuestión social, la llamada cuestión del capital y del trabajo, del pobre contra el rico y del segundo contra el primero, es también problema en el cual se debate y en su día se resolverá la justa y equilibrada repartición del *pan espiritual* de que habla el Evangelio.

Ilustración Ibérica, Barcelona, 1884.

Pedro Novoakow

La Cascada

Bajando por la vertiente de la montaña, las gotitas de agua apenas si tienen fuerza para arrastrar las briznas más delicadas de las hierbas, ni para producir el susurro infinitamente sosegado de los cauces ya mayorcitos. Bajan, y bajan lentamente, con pesadez, desde el pico más elevado del monte, por los surcos de la falda; no tienen aún la energía bastante para destruir las duras rocas, ni para arrastrar las sucias partículas de tierra y los despojos de la flora, que corona, escalonada, la pendiente del terreno. Pero no importa: si las esferillas cristalinas no ejercen una acción poderosa sobre el granito coherente; si en un segundo, en un siglo, no dejan alguna huella en los angulosos salientes de la

piedra; si no véis en toda la cortedad aterradora de vuestra vida una profunda revolución en la montaña, no os impacientéis, porque las obras grandes duran muchos siglos, porque las acciones aisladas y difundidas en un gran espacio precisan toda la eternidad ó se pierden por completo en las vaguedades de los tiempos.

Desde lo más alto, las gotas líquidas ruedan silenciosamente, tristemente; en el camino se besan mil veces, se funden en virtud de esa afinidad electiva que tan brillantemente cantó Goethe; y más tarde, obedeciendo á los obstáculos que les ofrece la tierra de la vertiente, vuelven á separarse, y continúan su peregrinación solitaria, hasta que allá abajo

— muy lejos aún del bello lugar de la cascada — se juntán de nuevo, para caminar unidas por la misma vía que otras masas líquidas han labrado en veinte siglos de continuos esfuerzos... Ya podéis ver entonces la suave violencia con que corren, ya podéis, entonces, escuchar el ruido de sus múltiples y sonrientes jugueteos.

Al fin, todos los arroyuelos se resuelven en una corriente poderosa. En el largo trecho que se extiende desde su formación hasta el lugar de la cascada, corre el agua por un cauce bordeado de una vegetación casi raquílica. Unos cuantos árboles viejos, cuyas raíces se ven aparecer por el lado del río sacudidas por la corriente; unos arbustos que jamás han florecido... es todo lo que adorna el lecho del agua, la cual arrastra ahora ligeros tronquitos carcomidos, tenues arenitas, briznas de hierbas muertas, partículas de las raíces y de la tierra de los bordes. ¡Cómo se ve el poder de la masa líquida!... Antes sin energía, sin alma; ahora con la fuerza que le prestan las afinidades electivas!

Vais siguiendo los bordes del cauce, y llega un momento en que sentís la impresión de un ruido fuerte y monótono; continuáis, y muy pronto llegaréis al lugar de la cascada.

Yo no puedo hacer una descripción de ella: me pasa á mí lo que le pasa á todo aquel que es influenciado por un espectáculo sorprendente; la veneración que uno siente hacia las intimidades de la

Naturaleza, impide el describir con palabras las representaciones ideales de nuestro espíritu... Sólo os diré que ya no véis allí la placidez, aquella especie de resignación con que el agua corría antes. Ahora, bajo la acción de un desnivel considerable del terreno, el agua se precipita con violencia. Las rocas, que primitivamente estaban biseladas, las véis redondearse, modeladas bajo el chocar brusco y continuado del líquido; y en medio de él, del agua cristalina, se destacan como puntos y rayas negras ó grises, los restos corpulentos de la vegetación raquílica. ¿Quién no es capaz de sentir la sublimidad del espectáculo? ¡El agua pura, el agua blanca con sus burbujas espumosas, el líquido vivificador de nuestro mundo, modelando la dura roca y arrastrando despojos de árboles que, no ha mucho, extraían de ella el jugo para su savia?... ¿No os chocó el ruido?... Pues era el agua de la revuelta cascada...

Más allá de la cascada, el agua se extiende en un lago hermoso y lleno; á su alrededor la vegetación es exquisita, llena de perfumes y de hermosos colores, porque las hierbas han crecido y porque los árboles florecieron. Solamente allá, en el fondo del lago, está todo el cieno, todos los despojos sirviendo de base al hermoso paisaje.

Yo vi esto á la caída de una tarde de primavera, cuando el triste rojizo del sol que se ocultaba venía á iluminar el espectáculo.

Errata: En el trabajo de la señorita Jacquinet inserto en el pasado número, página 318, párrafo final, se deslizó una errata: donde dice «una denominación cualquiera», debe leerse «una dominación cualquiera».

Recibido: Buena Semilla, revista quincenal de crítica social y letras, de Barcelona (calle Mariana de Pineda, 5, entresuelo, Gracia).—De la biblioteca de «El Productor» de Barcelona (Argüelles, 11): *Ser ó no ser*, por José Prat, folleto, 10céntimos.

De la Livraria Academica, de Coimbra: *Da responsabilidade*, por Campos Lima, y *Para a minha filha*, poesías, por Alfredo Pimenta.—De la biblioteca del «Martín Fierro», de Buenos Aires: *La tiranía del frac*, por Alberto Ghirardo.
